

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 47.—BARCELONA 5 DE MAYO DE 1915



Artillería suiza de campaña, practicando ejercicios cerca de la frontera

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Venizelos y el triple acuerdo.—II. Inglaterra y su Gobierno.—III. La actitud de Italia.—IV. Las bases navales de Inglaterra

I.—Venizelos y el triple acuerdo

Se ha hecho pública la carta que Venizelos dirigió al rey de Grecia, exponiendo su punto de vista sobre la intervención de Grecia en la guerra, al lado de los aliados. El documento lleva la fecha de 11 de enero, y toma como punto de partida la comunicación enviada al ex-presidente por el Embajador británico, por encargo de Sir Eduardo Grey. Venizelos no dice cuál fué el contenido de aquella comunicación, pero bien claro se desprende del contenido de su carta, cuyo resumen es el siguiente:

Sería muy peligroso para Grecia que los austriacos aplastaran a Serbia, porque, o bien los germanos llegarían a las fronteras griegas de Macedonia, o bien los búlgaros, a invitación de Austria, ocuparían toda la Macedonia. De aquí la conveniencia de ponerse al lado de Serbia y aceptar las proposiciones de los aliados. Para tomar parte en la guerra sería menester, ante todo, ponerse de acuerdo con Rumanía y, en lo posible, con Bulgaria. Una confederación de todos los Estados balcánicos tendría decisiva influen-

cia en la guerra, y sería premiada por la triple *entente*. Grecia recibiría una parte del Asia Menor, y para satisfacer a Bulgaria se permitiría a ésta llevar su frontera hasta la orilla derecha del Vardar y entregarle Kavalla, sacrificio más que compensado por las ganancias en la costa de Asia. En caso de no allanarse Bulgaria a entrar en la alianza, habría de procurarse a toda costa el acuerdo con Rumanía.

La carta concluye insistiendo en que el enemigo tradicional de los griegos es Turquía, y que el reino no tendrá asegurada su existencia en tanto no desaparezca la dominación otomana en el extremo oriente de Europa.

Salvando todos los respetos que se deben a un estadista que puso término al desconcierto interior de Grecia y la llevó a dos guerras victoriosas, la carta de Venizelos no acredita a éste como diplomático de gran relieve.

El acuerdo con Bulgaria, fundado en cederle una parte de territorio griego, comienza por imponer un sacrificio; y la compensación en el Asia Menor exige, primero, que los aliados derroten a Turquía, y,

segundo, que buenamente se despojen de una porción de su presa, para entregarla a Grecia. Además, es inocente el temor de ver llegar a los austriacos a las fronteras de Grecia, estando por medio Italia y Rumanía. Y, principalmente, una decisión tan grave como la de ir a la guerra no debe ser tomada jamás sin antes haber despejado la situación en Bukarest y Sófia, labor de meses y no empresa llana y sin obstáculos. Venizelos fué víctima de los halagos y promesas de Inglaterra, y dejándose alucinar por un pedazo del Asia Menor, exageró y aun inventó los peligros de la neutralidad, y no quiso ver las dificultades y riesgos de una actitud belicosa.

Afortunadamente para Grecia, el rey Constantino vió más claro que su ministro. ¿Qué habría ganado aquel reino con unir sus fuerzas a las de los aliados? Arruinar la hacienda pública, perder dos o tres barcos en los Dardanelos, llevar su ejército a la vanguardia de los que han de desembarcar en la península de Gallípoli o en el litoral de Asia, y perder por de pronto, el excelente puerto de Kavalla y una faja de territorio en Macedonia. Se comprende ahora por qué el pueblo griego demostró tan poco sentimiento, cuando se expatrió voluntariamente un estadista que había sido el ídolo popular.

La carta de Venizelos esclarece algunos puntos oscuros de la política internacional.

Desde el 11 de enero a la fecha de la dimisión, transcurrió tiempo más que suficiente para que el rey Constantino se pusiera al habla con las cortes extranjeras. Se comprende ya y se explica la actitud pasiva de Austria con respecto a Serbia, como premio de la neutralidad griega; se va viendo ya más clara la actitud de Bulgaria y la reserva de Rumanía; y se confirma que la posición de Italia—a la que ni siquiera se alude en la carta—no era la que reflejaba una parte de la prensa.

II.—Inglaterra y su gobierno

La prensa conservadora inglesa arremete, hace días, furiosamente contra el Gobierno. La destemplanza de la frase y la acritud de los conceptos dejan muy atrás a los que era costumbre emplear en tiempos normales cuando se deseaba la caída de un gabinete.

Todos los argumentos que ahora se esgrimen, se reducen a este: los ministros no han tenido otra política que la de formar un ejército de muchos millares de hombres; para conseguirlo, han halagado la vanidad nacional desprestigiando y rebajando al adversario, y presentando el cuadro de la guerra como una continuidad de victorias y hechos gloriosos; es cierto que así se ha fomentado el alistamiento, pero no lo es menos que ni se ha puesto mano en la fabricación de municiones, armas, equipo y vestuario, ni se ha llevado al pueblo el convencimiento de que esta guerra era verdaderamente nacional; se le ha dicho y se le dice al pueblo que todo va para él como en el mejor de los mundos posibles; y el pueblo no tiene para qué prestar más ayuda que antes, puesto que sin esta ayuda se está logrando el triunfo.

Tiene razón la prensa conservadora, aunque lo que dice el Gobierno británico podría hacerlo extensivo a otros Gobiernos; pero gran parte de la culpa recae sobre los que ahora acusan, que no fueron los

que menos contribuyeron a presentar las cosas por el lado más agradable. ¡Todos en él pusimos nuestras manos!

Lo interesante del caso está en la trascendencia que una crisis más o menos cercana podría tener en la continuación de la guerra. ¿Se pretende substituir este Gobierno por otro más fuerte, más franco, más resuelto, más belicoso aún, o se trata de que desaparezcan los tres nombres, que son el mayor obstáculo para llegar a una paz honrosa? Cualquier gabinete en el que no figuraran Asquith, Grey y Kitchener, allanaría las irreductibles diferencias que hoy separan a Inglaterra de Alemania, y sería un decidido paso hacia la paz.

Respondiendo a esta campaña de los conservadores, la prensa liberal se pone el parche antes de que asome la llaga, y demuestra que ni Rusia, ni Francia pueden ir hoy a la paz; y como nada dicen de Inglaterra, que es por dónde debieran empezar, no cabe ya negar que en la Gran Bretaña ha aparecido finalmente, aunque todavía de un modo tímido, el partido de la paz, que también florece, cada día con menos rebozo en Francia y Rusia.

En estas circunstancias, depende de la prudencia y sabiduría de algunos gobernantes, que esta tremenda guerra concluya pronto; pero si se malogran los buenos propósitos indicados, es posible que los ánimos se exasperen más y que la lucha adquiera caracteres realmente trágicos.

III.—La actitud de Italia

Dejemos a los bullangueros y que no tienen nada que perder, que prediquen la intervención de Italia al lado de los aliados y la inmediata declaración de guerra contra Austria. Aunque todo el mundo debiera conocer algo la historia de su propio país, nada tiene de extraño que la plebe inconsciente italiana crea de buena fe que el Trentino y el Trieste fueron siempre italianos, que Austria es un usurpador y otras enormidades del mismo jaez. Esa porción del pueblo, que con la misma facilidad aclama a una persona o vocífera contra ella, según como se la guíe, no pasa de ser un factor contra cuya opinión acaso no convenga obrar manifestamente. La actitud de Italia depende de sus elementos ilustrados y de las clases llamadas directoras.

La fiebre guerrera, que tiene mucho de contagiosa, ha concluído por dejar paso libre a la reflexión y a la serena apreciación de las conveniencias nacionales. Buena prueba de ello es que los más importantes periódicos han puesto a discusión el problema del Adriático, llegando a la conclusión, que sabíamos todos y que hemos expuesto en estas columnas, de que la ocupación del Trentino y una parte del Tirol no compensarían, ni de mucho, el grave peligro que para Italia supondría la llegada de los eslavos victoriosos—serbios o rusos—a las costas de aquel mar. Si hasta ahora ha sido desagradable la vecindad austriaca ¿qué sucedería el día en que aparecieran los eslavos en el mar italiano? Y si a esta eventualidad se sumaba el avance de Rusia hasta el Egeo o la conquista de las costas de Siria por Inglaterra ¿cuál sería el porvenir de Italia?

Los italianos dan muestras, como se ve de buen sentido, y no podía ser de otro modo, tratándose de

un pueblo de tan claro juicio en asuntos que interesan de cerca a su patria. Planteado así el problema, es más fácil que Italia se entienda con todas las naciones beligerantes, y vaya sólo a las ganancias. Por lo pronto, se ha afirmado más en su neutralidad.

IV.—Las bases navales de Inglaterra

Todas las bases navales de Inglaterra en el Mediterráneo son pedazos de tierra arrancados a su antiguo propietario. Para su empresa en los Dardanelos o el Asia Menor, no le bastaban sus bases existentes —Malta y Chipre—, y sin contar con la voluntad de sus poseedores, ha ocupado las islas griegas que mejor le han parecido. A nadie, ni a los mismos despojados, ha extrañado este hecho, porque la teoría del derecho frente a la fuerza sólo la aducen, cuando les conviene, o sea en perjuicio de tercero, los que se valen de la fuerza para sojuzgar al derecho. Pero con ello se ha planteado un problema interesante: ¿soltará Inglaterra esas islas cuando termine la guerra? No es de esperar; y si las sigue ocupando, tanto si vence en Siria como si es derrotada, el equilibrio general del Mediterráneo habrá sido roto. Porque no serán ya Gibraltar, Malta, Chipre, los baluartes que aseguren a la Gran Bretaña el camino de Egipto y de la India, sino que la Siria, y por lo tanto el occidente de Asia, no podrá caer en lo futuro en otras manos que las británicas. Bajo el pretexto de los Dardanelos y sin que nadie se conmoviera, Inglaterra declara su protectorado sobre Egipto y toma magníficas posiciones en el Egeo. Es su conducta de siempre; mientras los demás gritan, discuten y pelean, la Gran Bretaña va ocupando territorios. Claro es que esta teoría de los hechos consumados se justifica por la necesidad de amparar al débil y proteger al indefenso (!).

F. LARÍN.

EL «AÑO DE HIERRO» DE AUSTRIA-HUNGRÍA

Un soldado del regimiento Cazadores del Tirol, ha escrito a su familia una hermosísima carta, de la cual he extractado lo que sigue:

«En los lindes de un bosque espera la brigada de reserva. Yo y mis compañeros contemplamos gozosos los movimientos progresivos de nuestro ataque a pesar del fuego de fusilería y de los *schrappnells* que nuestro enemigo nos envía... Apenas podemos esperar que llegue el momento de entrar nosotros en acción. ¿Cuándo será...? Cuando los combatientes se sienten fatigados,—nos contestan. Hacia el mediodía el enemigo se retira, perseguido enérgicamente por los nuestros hasta sus posiciones.

»A la una el general de brigada se acerca a nosotros y nos dice: «Compañeros: ha llegado el grandioso momento de atacar al enemigo que acaba de sufrir una gran derrota; con las fuerzas que le quedan no podrá oponer resistencia. La brigada de cazadores le está atacando cerca de Janow. A la una y media estad todos prontos para la embestida. A las dos en punto, ¡adelante! El ala derecha con dirección a aquellos dos árboles que veis desde aquí y, una vez llegados allí, dirección Este.—Valor, com-

pañeros; la victoria será nuestra... Hasta luego»... y desaparece.

»Es imposible expresar lo que uno siente en estos momentos grandiosos, solemnes...—¡Cuántas veces las granadas y *schrappnells* han producido vacíos en nuestras filas dando la muerte a más de un bravo camarada! Pero, con el tiempo uno se acostumbra a todo; a las balas de los fusiles, a las granadas, hasta a la muerte... Sólo las arengas de nuestros valientes oficiales nos conmueven, y en tales momentos sentimos dentro de nosotros un no sé que indefinible, un algo que nos eleva por encima de lo vulgar, una grandiosidad de ánimo suprema, divina...—«La victoria será nuestra»,—nos dijo nuestro buen general—¡La victoria...!

»Cada segundo que transcurre nos parece un minuto, cada minuto, una eternidad.—¿Cuándo, cuando podremos, en fin, abalanzarnos sobre el enemigo y escribir la palabra «Victoria» en el Libro de Oro de nuestra estimada Patria...? Todavía no ha llegado el momento deseado... ¡Paciencia!...

»Soldados de rostro atezado con fez gris en la cabeza, los grandes ojos negros desafiando al enemigo, pasan por delante de nosotros, dificultando nuestros preparativos para el ataque. Son los bosniacos, los fieles, los valientes hijos de Bosnia...

»Nuestro comandante se dispone a dar la orden de ataque cuando una nueva línea de nuestros *grises* nos barre el camino. Mozos robustos, decididos siguen a los bosniacos; mozos de rostro franco, de barba blanca. Amarillos son los vuelos de sus uniformes; pertenecen al 27º Regimiento, y son hijos de la sonriente Estiria. ¿Cuándo llegará nuestro turno...? ¡Paciencia...!

»Siempre nuevas tropas desfilan ante nosotros. Esta vez son soldados de rostro redondo, característica de la raza eslava. Visten también uniforme gris, y en las charreteras llevan en rojo el número de su Regimiento. Acentos duros, ásperos, llegan a nuestros oídos; son tcheques y pertenecen a la «Landsturm». ¿Cuándo terminará esta procesión?—pregunta un jocoso—¡Paciencia...! Soldados llenos de temperamento, igneos y joviales pasan... pasan, cantando canciones de su país; sus ojos despiden chispazos de luz; el bigote negro de puntas afiladas parecen dos agujas negras clavadas entre el labio superior y las narices; visten todos pantalón muy ceñido; son húngaros y como tales van al combate como irían a una fiesta...

»Ya pasaron, y a ellos nos juntamos los cazadores del Tirol, Vorarlberg y del Austria-superior. En mi Compañía hay 260 italianos. Mi teniente, un cadete y yo, somos los únicos alemanes, todos los demás son del Tirol del Sur, vinariegos de los alrededores de Rovereto y de las cercanías de Vallarsa. Como una masa compacta en movimiento, avanzan los ocho grupos del batallón; el ala derecha dirigida a los dos árboles de que nos habló el general... No vemos todavía a los rusos, pero sentimos su presencia. El aire se mueve y parece entonar una canción para nosotros no desconocida... Una especie de insectos invisibles zumban por encima de nuestras cabezas; unos pájaros extraños nos rozan con sus alas como si quisiesen acariciarnos... La tierra parece vivir y de su seno surgen unas nubecillas blancas, ora lejos, ora cerca de nosotros, corriendo de una

parte a otra cual fuegos fátuos, como impulsadas por una mano misteriosa y diabólica... De repente oímos, sobre nuestras cabezas, un ruido como el que producen las raquetas; una nubecilla blanca parece navegar por el espacio azul y casi al mismo tiempo estalla delante de nosotros un «shrapnell»...—Adelante! La voz del deber nos empuja hacia el sitio del peligro. De vez en vez nos tendemos sobre el suelo y

tras avanzamos siempre más hacia el enemigo. Un grito: ¡Fuego...! y nuestros fusiles envían una ola de metralla al enemigo... Estirianos, tcheques, soldados del Austria-superior, bosniacos, serbios, croatas, húngaros, italianos, todos, todos sin distinción se batan como leones, y a los gritos de ¡Vorwärts, Kameraden!,—¡Avanti Fratelli!,—¡Eviva l'Austria...!—¡Eljen a Kiraly!, los nobles, los valientes hijos

de Austria-Hungría avanzan, avanzan... y escriben con sus bayonetas una página gloriosísima para el Libro de Oro de la Monarquía austro-húngara. Yo me siento feliz, orgulloso y casi lloro de alegría al ver combatir a mis compañeros, y al ver luchar a los hijos de ocho pueblos diferentes con el mismo valor, con la misma alegría, en defensa de sus intereses y peligros comunes...

»El combate ha terminado; ha cesado el estruendo de los cañones; han enmudecido las quejas de los heridos, los ayes de los agonizantes...—La lucha ha sido relativamente corta, pero en las pocas horas que ha durado, he vivido yo el «Año de Hierro» de Austria-Hungría...»

J. C. GUERRERO.

Berlín



Aviador alemán, con las bombas que se suele arrojar desde los aeroplanos

aprovechamos las trincheras que los nuestros construyeron al avanzar. Cada vez estamos más cerca de la línea de fuego. Tropezamos con heridos, saludamos a nuestros compañeros muertos en el campo del honor y continuamos nuestra marcha hacia la muerte o la gloria... Más de un colega cae a nuestro lado al recibir el beso de acero. En medio de una lluvia de plomo encendemos un cigarrillo, tal vez el último...

»Hasta aquí no hemos disparado nuestros fusiles, para no herir a los nuestros que están delante de nosotros. A pesar de que cada uno de nosotros está ansiando hacer uso del arma que la Patria nos ha puesto entre las manos, nos contenemos, y a ras-

se fomentó el crédito público y se reforzaron las reservas económicas. Paralelamente a esas medidas, y sin interrumpir la acción de Francia en Marruecos, fué aprovechada la guerra balcánica para que Francia volviera a ocupar una situación preponderante en los destinos de Europa. A raíz de las conferencias de Londres, ciego estuvo quien no vió que las relaciones entre la Gran Bretaña y Francia se habían estrechado y que en el porvenir la *entente* sería algo más firme y trascendental. Gracias principalmente a Poincaré, las relaciones entre Inglaterra y Rusia, que se mantenían casi exclusivamente en la esfera oficial, sin trascender al pueblo, se consolidaron y se hicieron más cordiales: Rusia olvidó sus mo-

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

II.—Francia

La subida al poder de Mr. Poincaré tuvo inmediatas consecuencias en la política internacional de Francia. A la vacilación y timidez de los últimos tiempos, sucedieron la actividad y la energía. Decretáronse reformas en el ejército, se votó la ley de los tres años, se hicieron grandes mudanzas en el generalato,



El acorazado francés «Bouvet», echado a pique en la batalla de los Dardanelos el 18 de marzo

tivos de queja contra el amigo improvisado, y formó al lado de Francia e Inglaterra, sin reservas mentales y sin suspicacia. La guerra era inevitable. La cuestión del oriente europeo seguía en pie, y no podía tardar en producir el conflicto armado entre las

grandes potencias. Pero los manejos de Poincaré, aunque ostensiblemente era Mister Grey quien llevaba la dirección, acababan de despejar una de las más terribles incógnitas para los futuros aliados: la actitud de Italia. La diplomacia alemana no supo con-



Posición alemana, protegida por alambradas, en las fronteras de la Prusia Oriental

trarrestar las hábiles negociaciones que dieron por resultado el resurgimiento de la antigua hostilidad entre Italia y Austria-Hungría, y el reino de los Apeninos dejó de ser la amenaza que durante tantos años gravitara sobre la república francesa. El acuerdo anglo-belga no tropezó con dificultades, y en el invierno de 1913-14 quedó tejida una espesa red alrededor de los imperios centrales de Europa.

Todas estas hábiles labores se desarrollaban, como es costumbre, sin intervención del pueblo. Pero el francés, alimentado en el deseo del desquite, de la *revanche*, y dado por naturaleza a las glorias militares, seguía considerando como su natural enemigo a Alemania, y en cualesquier tiempo y ocasión tomaría gusto las armas contra sus vecinos del E. Por este lado nada había que temer. Las masas, con exclusión en todo caso de un pequeño grupo de intransigentes y exaltados, se pondrían resueltamente al lado de los gobernantes y todo el país se lanzaría con entusiasmo a la guerra. Y así aconteció.

La visita de Poincaré al Czar no tuvo otro objeto que comprobar la actitud que iba a tomar el imperio ruso y cerciorarse de su ya completa preparación para la lucha. En efecto, el ejército ruso estaba dispuesto y en estado de entrar desde luego en campaña. No faltaba más que un motivo para que se desatase la muerte sobre Europa, y los serbios lo dieron a últimos de junio, con el asesinato del archiduque Francisco Fernando.

La hora no había llegado aún para Francia, porque las medidas más urgentes de reorganización del ejército no quedarían ultimadas hasta la primavera del presente año, pero como la ocasión ha de utilizarse cuando se presenta y no cabe inventarla, y como, por otra parte, era difícil que la movilización rusa fuera ignorada mucho tiempo por los alemanes, los acontecimientos se precipitaron y sobrevino la guerra.

El pueblo francés respondió con unanimidad perfecta a la llamada de sus gobernantes. Pospusieronse las rencillas, las discordias políticas y hasta las pasiones religiosas, y todos acudieron como un solo hombre a defender el territorio nacional. No eran pocos, ciertamente, dentro y fuera de Francia, los que creían que la máquina se descompondría en la hora del peligro y que el desquiciamiento no tardaría en sobrevenir; pero la república salió victoriosa de la prueba, y demostró que Francia seguía siendo la gran nación de siempre: unida en la hora del peligro y dispuesta a morir si era necesario. La ayuda rusa, hábilmente explicada al pueblo, contribuyó no poco a este resultado tan halagüeño.

Antes, no obstante, de que se dispararan los primeros tiros, comenzó la crisis interior. Contra lo que se había declarado a la nación, el ejército no estaba preparado; los almacenes se encontraban medio vacíos, no sobraban las municiones, el material de artillería era escaso en piezas pesadas, el mando deficiente, consecuencia de la era de persecuciones que durante tantos años imperó por móviles antireligiosos. Al mismo tiempo, la conciencia nacional, sin excluir de ello a los jefes del ejército, se daba cuenta de la superioridad militar de los alemanes; y no fué sin un arraigado sentimiento de ansiedad e incertidumbre que los franceses se arrojaron contra sus enemigos.

Tenía razón el alma popular. La pujanza de Alemania era irresistible. Los ejércitos franceses fueron barridos rápidamente en el E. y en el N. y la invasión comenzó. Los belgas defraudaron las esperanzas que en ellos se habían cifrado y la ayuda inglesa no merecía siquiera la pena de ser tenida en cuenta. Vinieron los momentos trágicos de la huída en dispersión hacia el Sena. Por fortuna para Francia, la serenidad de Joffre salvó la situación, haciendo que sus tropas pusieran leguas y leguas de terreno entre ellas y los alemanes victoriosos. La verdad obliga a agregar que, más que Joffre, quien salvó entonces a Francia de un desastre que parecía irremediable, fué Rusia: la invasión de la Prusia oriental y la derrota de los austriacos, puso a los alemanes en el caso de volver toda su atención hacia las fronteras del Este, para contener una amenaza que no entraba en sus cálculos. Entonces comprendieron los alemanes, y no antes, que eran víctimas de una celada, y entonces se desató su odio contra Inglaterra.

Con la misma facilidad que se descompuso y desorganizó el ejército francés en las primeras semanas, se tranquilizó y reanimó cuando los alemanes iniciaron su retirada del Marne. Las viejas glorias de Francia pareció por un momento que iban a retornar, y a reverdecer los laureles marciales. La realidad era muy otra, sin embargo. La resistencia de los alemanes en el Aisne fué invencible, los movimientos envolventes planeados por Joffre fracasaron, no dieron resultado las batallas de Ipres; más tarde, las víctimas inmoladas en la Champaña y entre el Mosa y el Mosela no pudieron ofrecer a Francia un pedazo siquiera del territorio que detentaba el invasor.

Acaso el único hombre que veía con claridad la situación de Francia era el generalísimo Joffre. Estaba y está persuadido de que los aliados no deben aspirar a otra cosa que a mantenerse en sus líneas, aguardando a que el triunfo provenga de los rusos o de otras circunstancias. Pero Inglaterra no se conformaba con esta pasividad, la opinión pública francesa quería victorias, y el ejército ruso, duramente escarmentado, reclamó imperiosamente el concurso activo de sus aliados del oeste; menester fué recomenzar la ofensiva. Para devolver al ejército la confianza que por segunda vez perdiera en el Aisne, se prodigaron las recompensas; eleváronse y pusieron a la cabeza de los cuerpos de ejército y de las divisiones, jefes que eran tenientes coroneles y comandantes en agosto; había que fomentar la ambición legítima. Desaparecieron del ejército de operaciones muchos generales eminentes, pero que estaban educados en la escuela del temor a Alemania, y que adolecían del defecto gravísimo de conocer demasiado bien el ejército adversario. En los caracteres impresionables e impacientes, como el francés, un cierto grado de inconsciencia suele dar mejores resultados que la reflexión y el exacto conocimiento de las cosas. Para completar esta labor de preparación, se ponderó—y se pondera todavía—en todos los tonos y de todas las maneras, la pujanza irresistible de los moscovitas: Francia no tenía más que dar un paso, para que la victoria sonriera a los aliados; mejor fuera no darlo y estarse quietos, pero—como se ha dicho—Rusia exigía la ofensiva francesa; los franceses son para el pueblo ruso una figura retórica análoga a la que el ejército moscovita es para los franceses.

En poder de los alemanes se encuentra el N. de Francia, región la más rica en yacimientos mineros y la más industrial de la nación. El país sigue dando señales de paciencia y de abnegación; reina el patriotismo, pero ha perdido la confianza en sus directores.

Ya la verdad oficial no conquista a nadie; quien tiene deudos en el campo de batalla o viste luto, no se consuela con el relato de hazañas que la realidad no sanciona. Ha perdido la esperanza en un triunfo próximo y se han desvanecido las ilusiones. Por otra parte, si el pueblo ha dejado a un lado todo motivo de discordia, las clases directoras no han modificado su política sectaria ni partidista. Sólo la presencia del odiado enemigo en el suelo patrio hace callar a los franceses; con todo, la impaciencia cunde, el desengaño se extiende, la desesperación crece. La arraigada convicción en la superioridad alemana ha vuelto a abrirse paso, y junto a ella se comienza a ver que Francia no es más que una víctima de Inglaterra. En otro país menos rico y de sentimientos más exaltados, estos pensamientos habrían producido ya una revuelta interior; pero Francia, nación rica y próspera, es, como tal, conservadora por esencia y enemiga de situaciones extremas; continúa resignándose.

De los espíritus, más serenos no se aparta la idea del triste porvenir que aguarda a Francia. Es ella la nación tipo de los matrimonios sin descendencia o reducida a un solo vástago. La guerra actual ha segado a la juventud, y, como consecuencia fatal e irremediable, Francia quedará exangüe y desarmada durante las generaciones próximas, y a merced de sus actuales o de otros futuros enemigos. En otro concepto diferente que Inglaterra, es también para Francia la presente contienda el principio del fin de su actuación como gran potencia. Ha empeñado sus fuerzas actuales y ha hipotecado las que debía legar a las generaciones venideras.

Hay un profundo desacuerdo entre el pueblo francés y sus directores. El primero se contentaría con ver su territorio libre de enemigos y hubiera aceptado la paz cuando los alemanes se la ofrecieron indirectamente en septiembre. Está convencido de que no ha de triunfar y le basta y se da por contento con no perder. Pero los segundos, responsables y víctimas de sus propios manejos, no son ya más que meros ejecutores de la voluntad británica; Francia no manda en sí misma, sino que obedece y se mueve al antojo de la Gran Bretaña. No falta mentalidad superior que comprenda el desacierto y se alce contra él, porque el triunfo de hoy puede ser el hundimiento de mañana, pero su voz no es escuchada. La pelota rueda por la pendiente y o aplasta al enemigo o se despedazará en el fondo del abismo, sin que haya poder humano capaz de evitarlo.

De todas las naciones beligerantes, Francia es la que sortea mejor las dificultades económicas; respecto a este punto, su situación es envidiable. En compensación, acostumbrada a las comodidades como está y habiendo olvidado las épocas de penuria y de sacrificio, cualquier abstinencia se hace más sensible y amarga allí que en otros países menos próspe-

ros o de suelo menos fértil. Un franco es más para un francés en los actuales momentos, que diez marcos para un alemán o cinco rublos para un ruso. Esta relatividad no ha sido bien apreciada por los que se ocupan en la situación de los pueblos en guerra.

Una victoria franca y declarada haría resurgir en Francia todas las energías y entusiasmos apagados. Los fracasos de la ofensiva entristecen al patriota, pero no le conmueven. Una derrota grave, acaso hiciera estallar la cólera del humilde y diera al traste con los manejos de la Gran Bretaña.

El resumen de este cuadro se sintetiza en breves palabras. El pueblo francés no cree en la victoria ni la espera. Comienza a mirar con inquietud la presencia de los ingleses en Calais y Dunquerque. No le impresionan ya los millones de hombres del ejército ruso. Se ha hecho excéptico, y aparta su vista del porvenir.

Los directores del pueblo, héroes por fuerza, han cerrado voluntariamente los ojos y se han entregado en manos de los ingleses. ¿Si Inglaterra no ha sido nunca derrotada, piensan, y piensan bien, cómo ha de serlo ahora Francia, cuya suerte está vinculada en la de aquel imperio? Sólo el tiempo es capaz de decir si se confirmarán o no estas risueñas ilusiones. Es verdad que Inglaterra no ha sido nunca derrotada en los tiempos modernos, pero no lo es menos que, cuando lo ha creído conveniente, ha arrojado por la borda los estorbos, fueran amigos o rivales.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El derecho de opción

(El señor A).—¿Cree V., don Subrio, que nuestro interés nacional nos lleva a Marruecos y que Tánger debiera ser español?

—Tan convencido estoy, que no comprendo que haya alguien que pueda disentir de esta opinión.

(El señor A).—A su juicio ¿son asequibles aquellas empresas a nuestras fuerzas?

—Si la cuestión se considera de un modo absoluto, mi respuesta será afirmativa; pero como se han de tener en cuenta los intereses de otras potencias, estimo necesario el obrar de acuerdo con Francia e Inglaterra, para resolverla desde luego.

(Los señores A y B).—¡Con Francia e Inglaterra, a quienes pone V. diariamente en solfa! ¿Es otra broma de V. semejante afirmación?

—Yo no pongo, ni he puesto nunca en solfa a Inglaterra ni a Francia, ni se me ha pasado siquiera por la mente tal cosa. Me limito a reirme de los disparates y exageraciones que se escriben en aquellos países, y a dolerme de la campaña de difamación que se hace contra pueblos tan dignos como el que más.

(El señor A).—De suerte, que ¿V. desea el triunfo de Francia y de Inglaterra, y para contribuir a él no encuentra mejor camino que el burlarse de ellas?

—¿De dónde ha colegido V., señor A, que yo desee el triunfo de A o de B? ¿Acaso he dicho nunca una palabra sobre esta materia?



Después de las batallas de Augustovo: 50 cañones rusos, cogidos por los alemanes, ante la iglesia católica de Suvalki



Ruínas de la granja «Victor», posición alemana, la más próxima a París, continuamente cañoneada por las baterías francesas



Batería francesa, de sitio, instalada en la segunda línea del frente de batalla



Oficiales rusos prisioneros, después de la batalla de Augustovo. En el grupo hay dos generales y cuatro coroneles

(El señor A).—Pero ¿no se jacta V. de ser español y sólo español?

—¡Positivamente!

(El señor A).—Pues si V. ve nuestro porvenir en Marruecos, con Tánger, y para lograrlo hemos de obrar de acuerdo con Francia e Inglaterra ¿será V. tan ciego que desconozca que la derrota de estas naciones equivaldría al fracaso de nuestras ilusiones y esperanzas?

—Tiene V. una imaginación volcánica señor A, y cuando se dispara no hay quien la siga. Le responderé con cuatro palabras: nuestra política internacional, como la de todos los pueblos, se ha de fundar en el derecho de opción.

(El señor B).—Más claro... ¡la tinta! ¡Vaya una manera de explicar su pensamiento que tiene V.!

—A todo llegaremos, si Vds. me escuchan. Les ruego, ante todo, que no *interpreten* Vds. mis palabras, sino que las toman tales como son, sin darles ni más ni menos alcance que el que gramaticalmente tienen. ¿Lo prometen Vds. así? De lo contrario, no despegaré los labios.

(El señor A).—Este preámbulo me hace creer que el derecho, la libertad, la democracia y el militarismo, no andan lejos.

—V. juzgará. Y va de cuento. La política internacional de un pueblo se reduce, esquemáticamente, a apoyarse y concertarse con la nación X o con la rival de esta nación X; *rival*, no digo precisamente *enemiga*, aunque bien puede serlo. Para apoyarse en X o en su rival, es menester ofrecerles algo, pesar más o menos, inspirar miedo...; nunca ha sido solicitado ni aceptado el concurso del que se presenta con las manos vacías, y además está paralítico. Siendo esto así, no cabe emprender una política internacional, si antes no se la fundamenta en el poderío nacional, mejor dicho, en la parte de este poderío que pueda ser de provecho o inspirar temor a los extraños.

(El señor B).—¿Cuál es esa porción de poderío?

—El dinero, los cañones y los barcos, esto es, los recursos económicos, el ejército y la marina. El pueblo que disponga de uno de los tres factores, mejor de dos de ellos, y archi-mejor de los tres, en cantidad suficiente para acrecer los correspondientes de otro o de otros, tendrá en su mano elegir una orientación internacional, y si no la elige voluntariamente, será solicitado de fuera, y por la fuerza misma de las cosas intervendrá en los negocios del mundo. En cambio, el que apenas disponga de dinero, de cañones y de barcos para sus necesidades interiores y propias, por más que se agite no será oído ni entrará en el concierto inicial. Sólo hay una excepción: la de ocupar geográficamente una situación privilegiada entre pueblos fuertes; ejemplos, Bélgica, en primer lugar; en segundo, Holanda; ejemplos de lo primero, Dinamarca, Suecia, Noruega, Grecia,... ¿he de seguir?

(Los señores A y B).—¡Basta! ¡Hemos comprendido! ¡Continúe V.!

—Pues bien, esa exhuberancia de uno de los tres elementos, de dos de ellos, o de todos, es lo que constituye el derecho de opción. Nosotros estamos privados, de momento, de ese derecho, aunque vamos camino de poseerlo; y, careciendo de él, hemos de abstenernos de tomar la posición que creamos

más conveniente, hemos de reprimir nuestros anhelos, hemos de prescindir de las enseñanzas de la historia, hemos de ser miopes y mudos, pero no sordos ni desmemoriados ni ciegos, y atenernos exclusivamente a la realidad, gústenos o no nos agrade. Y esta realidad nos dice que, en nuestra actual situación y para resolver el problema de Marruecos, hemos de marchar de acuerdo con Inglaterra y Francia.

(El señor A).—¿Ha terminado V.?

—¡No, señor! Pero este problema, por vitalísimo que sea, no es más que un incidente en la vida de España. Nación que no quiera perecer ha de alimentar un segundo ideal y un tercero; apenas satisfecho el primero ha de andar sin descanso, porque en la evolución humana todo aquel que cree haber cumplido con su destino histórico, y se detiene, debe ceder el puesto a otro más infatigable y laborioso. Resolvamos sin apartarnos de la realidad el *actual* problema de Marruecos, pero pongámonos cuanto antes en aptitud de ejercer el derecho de opción. Cuando llegue ese día venturoso, repasaré con Vds. la geografía y la historia, y entonces decidiremos si nos conviene más la amistad o la alianza de X que la de Y.

(El señor B).—No me ha convencido V. Si nos es imprescindible el acuerdo con Francia e Inglaterra para llevar a feliz término el problema marroquí, convendrá V. conmigo en que necesitamos que ambas naciones resulten victoriosas y, por lo tanto, derrotados sus enemigos.

—No convengo en nada de eso, ni tal es el camino. Entiendo que el tal problema debe resolverse *desde luego*; para ello, hemos de concertarnos con las naciones expresadas. Si la resolución se aplaza para cuando termine la guerra, será lo mismo que dejarla *ad calendas grecas*... Ahora, con Francia e Inglaterra. Después,... después ¡quién sabe con quiénes, o si será posible de algún modo! Pero si nos apercebimos a la opción, ahora, después y siempre, solucionaremos a satisfacción ésta y todas las cuestiones.

SUBRIO ESCÁPULA.

LAS «DIVERSIONES» EN LA GUERRA

Se viene acentuando cada día con mayor intensidad que los aliados han resuelto enviar dos cuerpos de ejército a Serbia y un cuerpo a Siria. Se cree que las tropas para Siria están ya en marcha.

Estas empresas tienen su nombre especial en la estrategia teórica, se les llaman «diversiones». Su objeto es obligar al adversario a debilitar su fuerza del teatro principal destacando tropas a otro teatro secundario.

El envío de tropas a Serbia deberá tener por fin reforzar al ejército serbio-montenegrino poniéndolo en condiciones de tomar la ofensiva contra los austriacos y poder llevar así la guerra a Hungría y Eslavonia. Con esto se piensa disuadir a los austro-alemanes a retirar tropas de Galizia y los Cárpatos y crear a los rusos libre acción en su ala izquierda.

Por lo que respecta a Siria se desea reducir a los turcos que marchan sobre el canal de Suez o debilitar el ejército del Cáucaso.

La historia de la guerra nos muestra algunos ejemplos de esta clase de operaciones, principalmen-

te en la coalición de potencias de mar y tierra, pero su resultado casi siempre ha sido lóbrego. Algunas veces las «diversiones» pueden ser necesarias pero nunca indispensables; la mayoría de veces son perjudiciales y enseñan al descubierto las flaquezas del beligerante que las emprende.

La condición principal de una «diversión» consiste en que ella substraiga al adversario mayores fuerzas del teatro principal que las que ella posee. Si sólo subtrae una fuerza más o menos equivalente, el efecto carece de valor real y la empresa se transforma en ataque subordinado. Además las «diversiones» deben hacerse efectivas antes que el propio partido deje escapar la respiración en el teatro principal.

Cuando Napoleón, en 1805, obligó a capitular a Mack y sin pérdida de tiempo avanzó sobre Viena, sus adversarios emprendieron un gran plan de «diversión»: 40.000 rusos, suecos e ingleses debían desembarcar en Holanda y 30.000 rusos e ingleses en Nápoles. De esta manera se pensó que Napoleón se vería en la necesidad de debilitar su ejército y aflojar su objetivo. Mas los enemigos del Corso quedaron perplejos al ver que ni un solo soldado se desprendió de la masa principal del ejército francés, y el problema se resolvió en el lugar y situación con las pocas tropas de segunda línea que Napoleón tenía a su disposición. Tal «diversión» costó mucho a los aliados y no consiguieron nada. No menos desgra-

ciada resultó la «diversión» de los ingleses en 1809 a Walchern, pues fué repelida con las pocas fuerzas que quedaron en Francia y las tropas de etapas que estuvieron a la mano, y la empresa quedó sin influencia sobre los acontecimientos del Danubio.

También en 1871 los franceses emprendieron una especie de «diversión» contra Belfort y la Alemania del sur, y el final fué un completo descalabro.

Las «diversiones» teorizadas en el gabinete son operaciones grandiosas, pero que llevadas al terreno de los hechos se diluyen al calor de la experiencia.

Claro es que algunas veces conducirán al éxito, y esto sucederá cuando el alto mando del adversario sea pusilánime y muy torpe y se deje imponer por tales empresas secundarias con detrimento de las operaciones principales.

Cualquier espíritu militar se resiste a creer que el generalísimo Joffre haya resuelto emprender operación tan cándida que no alcanzará un resultado mediocrementemente positivo.

Es muy natural que tal decisión se deba a que se quiere mostrar al público gran capacidad combatiente, pero en el fondo se revela una perceptible debilidad y agotamiento de resistencia. El pueblo que hoy aplaude la idea tendrá más tarde que gemir ante los hechos. Puede que nos equivoquemos, pues no somos profetas ni parientes de Madame Thebes.

J. C. GUERRERO.

CRÓNICA MILITAR

I. Cómo se efectuó el despliegue estratégico en el teatro occidental de la guerra. Su influencia en la primera campaña. II. La batalla del Mosa y el Mosela.—III. Las operaciones contra los Dardanelos.—IV. La situación el 1.º de mayo

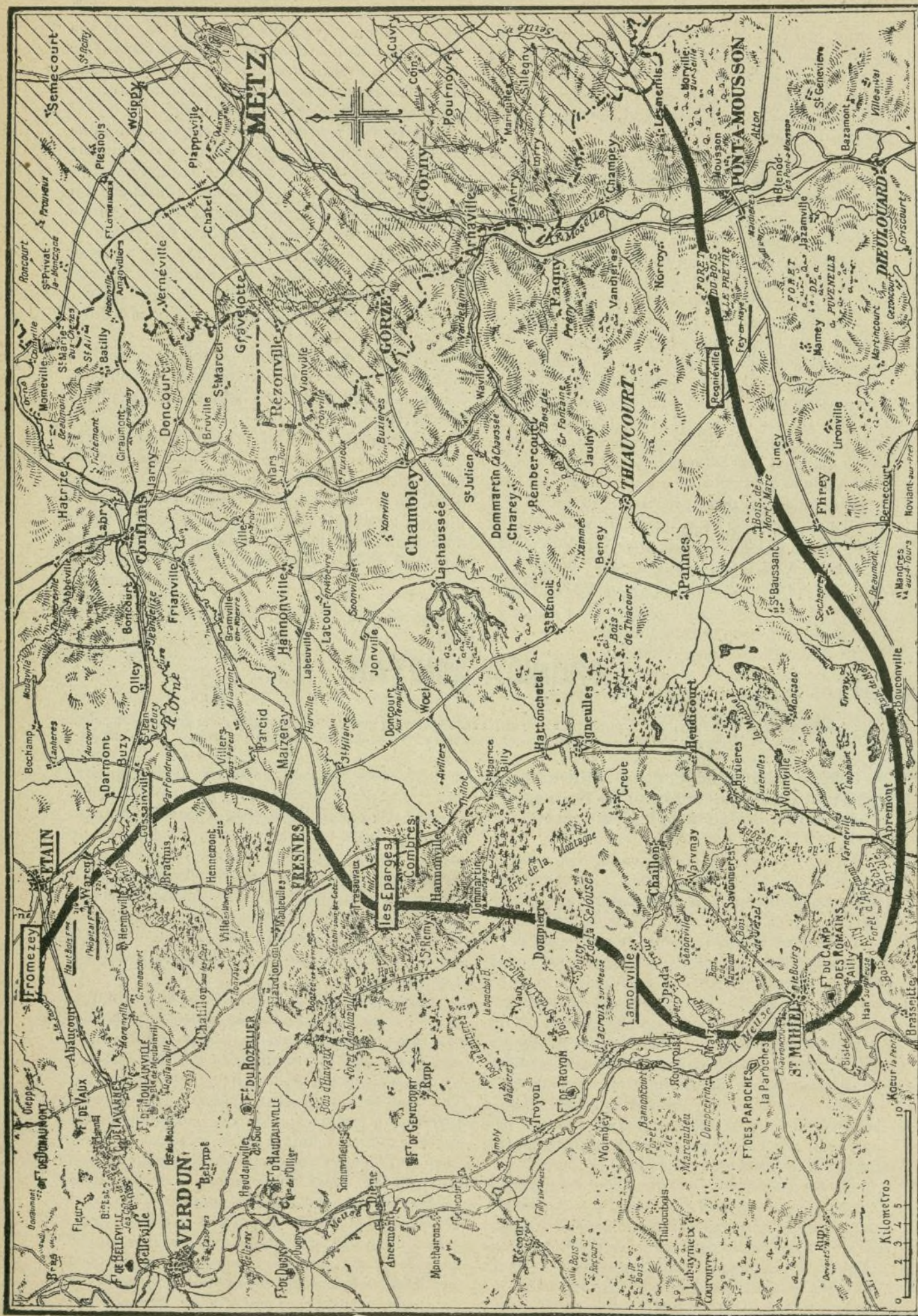
I.—Cómo se efectuó el despliegue estratégico en el teatro occidental de la guerra y su influencia en la primera campaña

La concentración francesa tuvo lugar en la región fronteriza del N. E., desde Belfort a Maubeuge, reuniéndose la mayor masa de tropas frente a la Alsacia y la Lorena. Como consecuencia, el primer ejército (general Dubail), había de desplegar desde Belfort al monte Donon, en los Vosgos septentrionales; el 2.º ejército (general Castelnau), desde el monte Donon a Pont-à-Mousson; el 3.º (general Ruffey), a continuación del anterior hasta Verdun; el 4.º (general de Langle de Cary), desde Verdun a Mezières; y el 5.º (general Lanrezac), de Mezières a Maubeuge. De manera que un ejército había de operar en la Alsacia, otros dos—apoyados si era menester por un tercero—en Lorena, y el 5.º vigilaría la frontera belga y auxiliaría a las tropas del pequeño reino, en caso de que lo invadieran los alemanes.

Esta concentración, y el despliegue subsiguiente, revelan a las claras cuál era el plan con que se proponían abrir la campaña los franceses. La Alsacia sería invadida, tanto para atraer hacia allá a fuerzas importantes enemigas, como para asegurar el flanco del ejército principal y cooperar en su acción. La verdadera ofensiva se tomaría, con dos ejércitos y medio (mitad del total de las tropas concentradas), entre Verdun y Nancy, penetrando en Lorena por

el S. de Metz, dejando tropas en observación ante esta plaza por el O. y el S., y marchando rápidamente hacia el E. y N. E., para llegar al Rhin y amenazar de flanco las comunicaciones del grueso del ejército alemán, que se presumía iba a entrar por Bélgica; entretenido y contenido el enemigo por la resistencia de las plazas belgas del Mosa y por el ejército de campaña, el 5.º ejército acudiría en apoyo de los vecinos del N. y se opondría, con una fracción del 4.º, a todo intento de los alemanes a través de Luxemburgo.

Si este plan hubiese tenido éxito, se le diputara genial y bien fundado; fracasó, y ha sido y será duramente juzgado. Reunía desde luego la doble cualidad de ser sencillo y acomodarse al sistema defensivo del país, vigente desde el tiempo de paz. La línea de plazas fuertes, la distribución de los cuerpos de ejército y la red de vías férreas, estaban orientadas en el sentido de reunir la masa principal de fuerzas frente a Lorena, y por consiguiente el plan de campaña era una mera consecuencia de un estado de cosas existente, y no requería grandes traslados de tropas, ni la formación de bases auxiliares, ni la dislocación de los servicios de retaguardia; cumplía, pues, la tercera condición, muy esencial, de poder ser llevado a la práctica sin pérdida de tiempo, desde luego, requisito de importancia extraordinaria tratándose de salir al encuentro de un enemigo soberbiamente preparado.



Campos de batalla entre el Mosa y el Mosela

Pero más que el plan en sí mismo, por excelente que sea, pesa en el resultado la manera cómo se ejecuta y la energía que se pone en su desenvolvimiento; y en estos dos últimos conceptos entraron los franceses en campaña en malas condiciones: el general, el oficial y el soldado estaban convencidos de la superioridad alemana, y les faltaba la confianza en sí mismos. Esta, y no otra, fué la causa esencial del fracaso de la ofensiva francesa.

La concentración alemana se llevó a cabo, aproximadamente, en la forma que suponían los franceses. El I ejército (general von Kluk), en Aachen (Aix-la-Chapelle); el II (general von Bülow), en Eupen; el III (general von Hausen), en Malméd; el IV (duque Alberto de Württemberg), en San Vith; el V (príncipe imperial Guillermo de Prusia), en Trier; el VI (príncipe real de Baviera, Ruperto), entre Metz y Strassburg; el VII (general von Heeringen), también entre Metz y Strassburg; el ejército del Mosa (general von Emmich), dirigido contra Lieja; y varias fracciones de escasa fuerza en los Vosgos y delante de Belfort.

Dedúcese de este cuadro, que los alemanes iban a mantenerse a la defensiva pasiva en la Alsacia; a la defensiva táctica en Lorena; y ejecutarían un movimiento envolvente a través de Bélgica, sirviendo de eje de giro las tropas entradas en Luxemburgo y las cuales, a su vez, tratarían de romper la línea francesa del N., en su extremo E., apoyadas, si era posible, por el VI ejército.

El I ejército ocupó Bruselas, el 20 de agosto; el II pasó el Mosa en Huy y desplegó al N. de la línea Namur-Charleroi; el III y el IV cruzaron los Ardenes y se dirigieron a Dinant y Neufchâteau; el V avanzó sobre Montmédy, dejando atrás el Luxemburgo, derrotando a parte de los ejércitos franceses 3.º y 4.º; el VI sostiene el ataque del 2.º y parte del 3.º enemigos; y el VII contribuye a esta victoria y se apodera de toda la línea de los Vosgos.

Este plan era mucho más atrevido que el francés y de ejecución bastante más difícil. Si no se vencía en pocos días la resistencia que opusieran los belgas, se corría el peligro de que los franceses cubrieran sólidamente su frontera del N.; dejaba al ejército alemán, desplegado en un vastísimo frente y con sus cuerpos de la derecha imposibilitados, por la distancia, de cooperar en las batallas decisivas, expuesto en uno de sus extremos al ataque en masa del ejército francés, y abandonaba voluntariamente al enemigo la alta Alsacia, lo que sin duda influiría favorablemente en el espíritu del pueblo francés. El despliegue alemán, frente al del adversario, era un ejemplo en grandísima escala de las ventajas e inconvenientes del orden oblicuo. La derrota del ejército de Lorena; una resuelta y eficaz resistencia de los belgas; el desembarco en Ostende y la marcha hacia Amberes del ejército británico, por reducido que fuera; cualquier descalabro parcial, harían abortar el plan, y a partir de este modo la situación de los alemanes se tornaría ciertamente crítica.

Mas el vigor en la ejecución, que era esperado por el gran cuartel general y que en realidad no sorprendió a quienes conocían aquel ejército, empezando por los franceses, disipó todos los peligros, y el éxito premió la abnegación de las tropas y la energía del mando. Los belgas fueron barridos, pero su

tentativa de resistencia más perjudicó que favoreció a sus aliados; si éstos, en efecto, no hubieren contado con el auxilio del diminuto reino, es probable que se abstuvieran de realizar una ofensiva, que les fué fatal, apoyándose en Namur, y se limitaran a defenderse tras sus buenas posiciones del N. Como quiera, la batalla de Lorena terminó desgraciadamente para los franceses; no se empeñaron en ella todas las fuerzas primitivamente señaladas con tal fin, porque, al caer Lieja, el gran cuartel general francés dispuso la traslación de casi todas las fuerzas hacia el N., y se despojó de las ventajas de la situación inicial. Sin darse cuenta, hizo el juego a los alemanes, como se dice vulgarmente. La consecuencia fué aquella serie de derrotas que no hay para qué recordar.

Sin embargo, apenas cometido el error, el generalísimo de los aliados tomó oportunas medidas para repararlo. El general Ruffey fué substituído por el general Sarrail, y el general Lanzerac por el general Franchet d'Esperey, apartándose así del mando a los jefes derrotados en Lorena y al N. de Verdun; rápidamente se organizó el 7.º ejército (general Foch), que fué a interponerse entre el 4.º y 5.º para reforzar el ya llamado ejército del N.; y el 6.º ejército, también nuevo (general Mannoury), se concentró a toda prisa en París para cubrir el flanco del resto de las fuerzas de campaña que se retiraban hacia el Sena. Ese ejército 6.º, junto con la guarnición de París, desempeñó el papel más importante en la batalla del Marne. Con estas disposiciones y la orden de retirada general, a marchas forzadas, al Marne y al Sena, de todo el ejército del N., el general Joffre salvó la situación. Acaso, sin embargo, no consiguiera contener el avance enemigo, si la invasión de la Prusia oriental por los ejércitos del Niemen (general Rennenkampf) y del Narev (general Samsonov) no desviaran hacia Rusia la atención del gran cuartel general alemán.

II.—La batalla del Mosa y el Mosela

Para contribuir al éxito de la ofensiva rusa en los Cárpatos, los aliados debían atacar las líneas alemanas en el O., procurando atraer la atención del enemigo sobre este teatro y moviéndole a llevar tropas de socorro al frente occidental. Es claro que la ofensiva francesa había de encaminarse, al mismo tiempo, a arrojar al invasor de las posiciones que le ofrecen más facilidades para continuar sus operaciones activas, interrumpidas desde primeros de septiembre.

El sector de Roye y Saint Mihiel son los dos puntos estratégicos de más importancia del frente alemán. El primero es una amenaza que se cierne hace largos meses sobre el centro francés, y abre el valle del Oise. El segundo, a corta distancia de Metz—con quien le enlaza un ferrocarril construído por el invasor—ofrece una fácil desembocadura al otro lado del Mosa, inutilizando prácticamente esta interesante línea defensiva; además, se encuentra en medio del boquete Verdun-Toul, y mientras lo posean los alemanes ha de ser muy difícil a sus adversarios repetir la tentativa de invasión de Lorena, ejecutada con éxito desgraciado en agosto.

En el sector de Roye no se registran hace tiempo combates violentos; ya en otra *Crónica* expuse las

anomalías de esta pasividad. Las luchas en Arras y en La Basée, aunque repercutirían sobre Roye, no pueden conducir a resultados tan decisivos. Más al NO. de la línea, en Flandes, la dirección de la guerra está encomendada de hecho a los ingleses, de suerte que la iniciativa del generalísimo Joffre sólo puede desenvolverse plenamente desde Soissons a Pont-à-Mousson. Y como en Soissons perdieron los franceses la orilla derecha del Aisne, fueron rechazados en la Champaña y no tienen posibilidad de avanzar en el Argonne, la ofensiva que había de entablarse para apoyar a los rusos tenía que desenvolverse al N. o al E. de Verdun. Encuadrado así el punto de ataque, la presa que más convenía a los franceses era Saint-Mihiel, mejor dicho, el fuerte de Campo Romano, dos kilómetros al S., porque les libraría del peligro de una futura ruptura del frente Verdun-Toul y les pondría en condiciones de volver sus armas contra Lorena.

El Campo Romano ha sido cuidadosamente atrincherado por los alemanes; en él han montado varias baterías pesadas, incluso, al parecer, algunos morteros austriacos de 30.5 centímetros, y todas las colinas y llanuras de la izquierda del Mosa resultan muy bien batidas a larga y pequeña distancia. El ataque frontal o directo era, pues, muy difícil, envolvía el sacrificio de muchas vidas y daría tiempo, seguramente, a que el defensor llevase al combate tropas de reserva. Se optó por un doble ataque de flanco, disimulado por una embestida simultánea desde Fromezey (al E. de Verdun) a Pont-à-Mousson, que ocultara los verdaderos objetivos; estos fueron Vigneulles, por el N., y Woinville (al N. de Apremont), por el S. Hay que advertir, que en todo este sector la guerra de zapas y minas había comenzado en octubre, menudeando los pequeños ataques y contraataques, sin ventaja para ninguno de los dos bandos.

A últimos de marzo, la lucha se hizo general y adquirió los caracteres completos de batalla. Fué especialmente dura en Fromezey, Fresnes, Lamorville, Ailly, Apremont, Flirey y Regnièville, pero los franceses acumularon sus fuerzas principales entre Fresnes y Lamorville, pronunciando ataques que debían converger sobre Vigneulles, y en los bosques de Ailly y Apremont. En Lamorville y en Fromezey, los franceses padecieron serios descalabros; indecisa, lenta y sin resultados apreciables fué la batalla entre Ailly y Apremont; algo empeñada en el bosque de la Prêtre; y al SO. de Fresnes el espolón de Eparges cayó en sus manos, después de luchas extremadamente sangrientas. Este éxito, conseguido el 9 de abril, señaló el fin de la batalla.

El espolón de Eparges tiene solamente importancia local, y su conquista no ha compensado la sangre que ha costado a los franceses. Salvo en este punto, la línea alemana no sufrió variación y Saint Mihiel está tan seguro como antes. No se han hecho públicas las bajas de ambos ejércitos, pero han debido de ser muy graves, en particular las de los franceses, por su cualidad de atacantes.

III.—Las operaciones contra los Dardanelos

El 25 de abril y bajo la protección de los barcos de guerra, los ingleses desembarcaron en cuatro pun-

tos de la costa occidental de los Dardanelos, o sea en la península de Gallipoli: la desembocadura del Sig-hindere, cercanías de Avi Burun, junto a Tekej Burun y al oeste de Gavá Tepé; al mismo tiempo, los franceses desembarcaron en Kum Kalé, punta asiática de la entrada de los Dardanelos. Para ocultar estas operaciones, una división de la flota aliada cañoneó la desembocadura del Maritza y el litoral de Tracia, extendiendo su actividad hasta el estrecho de Bulair. Simultáneamente, la escuadra rusa rompía el fuego contra los fuertes de la entrada del Bósforo. Ni este cañoneo, ni el de los barcos de los aliados en el Egeo, produjo los resultados que acaso se esperaban: fué infructuoso.

No cabe expresarse tan concretamente al referirse a las operaciones de las fuerzas de desembarco. Las tropas hasta ahora empeñadas en tierra suman, según todas las probabilidades, un efectivo de 40.000 hombres, que pueden ser apoyados inmediatamente por otros tantos. Pero la península de Gallipoli no se presta a los movimientos y al avance de masas considerables: el litoral es acantilado y dominado por alturas respetables en la región del centro, y en los dos extremos el terreno es arenoso e impropio para la marcha. Contra las alturas, el fuego de los barcos es poco eficaz, y un desembarco al pie de ellas pondría a las tropas en mala situación exponiéndolas a ser totalmente destruídas; en la costa llana y arenosa no hay dificultad en desembarcar, toda vez que el tiro de los barcos mantendría al enemigo a gran distancia; pero, en compensación, el arrastre de la artillería, el avance de las tropas, la marcha de los convoyes, y los abastecimientos de todas clases, crearían un estado de cosas poco favorable. Había que decirse, por consiguiente, entre dos partidos extremos: el desembarco en el estrecho de Bulair, que si fuera afortunado pondría en manos de los ingleses toda la península, o la conquista paso a paso de esta lengua de tierra. Los aliados se han decidido por esto último, y su primer propósito consiste en hacerse dueños de la carretera, vía de paso obligado, que conduce desde Sedd-el-Bahr a Maidos, a retaguardia de las fortificaciones y baterías del estrecho propiamente dicho. Para esta empresa, no es posible empeñar fuerzas considerables, porque ni la estrechez de la península, ni la naturaleza del terreno, ni su pobreza, se prestan al empleo de grandes masas. Ofrece la ventaja la zona elegida de no contar los turcos con fuertes en que apoyarse, por haber sido destruídos en los primeros ataques de febrero y marzo las viejas obras y baterías de la entrada de los Dardanelos; el invasor no encontrará en sus primeras jornadas otros obstáculos que las tropas turcas de campaña; más adelante, cuando se acerque a la angostura, comenzarán las dificultades nacidas de la presencia de atrincheramientos y baterías, pero como estas defensas serán simultáneamente atacadas por la escuadra—repitiendo la tentativa del 18 de marzo,—el plan tendrá a su favor más probabilidades de éxito; sin que esto signifique que la empresa sea llana.

El no haber sido atacado el estrecho de Bulair—cuyas defensas fueron perfeccionadas durante la guerra con Bulgaria—hace creer que la posición turca era muy fuerte; este ataque, si bien es de resultados más decisivos é inmediatos, hubiera expuesto a los ingleses a ser acometidos por la espalda. En resolu-

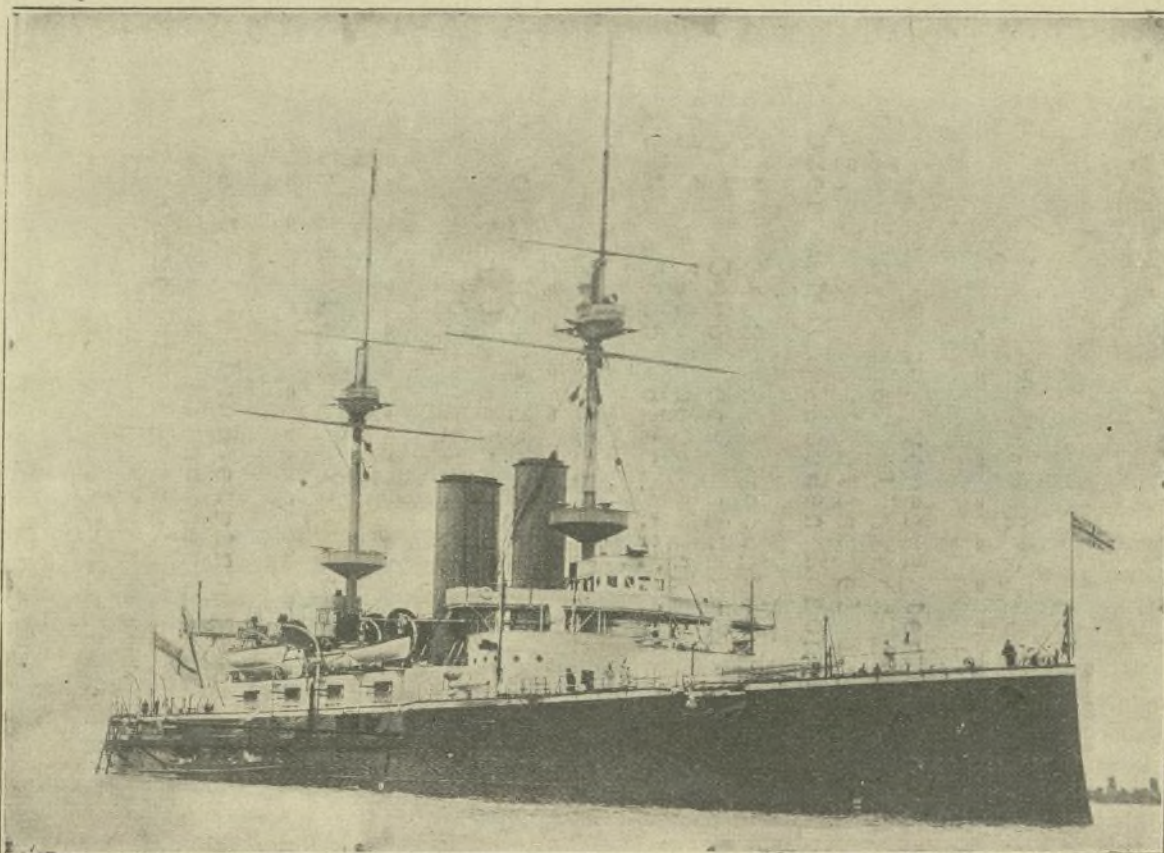
ción, el plan exige muchos esfuerzos y requiere tiempo, pero es el más prudente, como fruto de la terrible lección del 18 de marzo.

Las fuerzas inglesas desembarcadas en la parte europea de los Dardanelos mantuvieron en general sus posiciones, pero su avance ha sido contenido, hasta ahora, cerca de la costa. Los contingentes franceses se posesionaron de Kum-Kalé, en Asia, y al intentar salir de la villa fueron atacados por los turcos, teniéndose que replegar en desorden. Estamos en el periodo inicial de esta campaña, que promete ser larga y espinosa para el agresor si los turcos no se desmoralizan. A este propósito, hay que recordar que a últimos de febrero y primeros de marzo, los aliados dieron cuenta oficialmente de haber desembarcado tropas en las dos puntas del estrecho, las

el nuestro, han de ser de grandes enseñanzas las operaciones que acaban de plantearse.

IV.— La situación el 1.º de mayo

Desde el 22 de abril, día en el que los alemanes ejecutaron su vigorosa ofensiva al N. de Iprés, no se han interrumpido los combates. Los aliados, para restablecer sus líneas, quebrantadas, emprendieron enérgicos contraataques, llegando a reconquistar temporalmente Het-Sast, de donde por fin les arrojaron los alemanes; Lizerne, al O. del canal, que había caído en manos del invasor, también fué recuperado, pero los alemanes insisten en que lo ocupan de nuevo y se mantienen en aquella orilla del canal; siendo esto así, Lizerne es el verdadero punto en que



El acorazado inglés «Irresistible», echado a pique en la batalla de los Dardanelos, «18 de marzo

cuales tropas iban ganando terreno en persecución de los turcos, que estaban en dispersión; antes de la batalla del 18, los referidos contingentes tuvieron que reembarcar.

Poseyendo los aliados el dominio del mar, les es factible llevar la guerra a las costas de Tracia, de Gallipoli, de Anatolia y de Siria, provocando la división de los turcos y desviando su atención en varias direcciones; pero ellos se subdividirán a su vez, y los cuerpos que desembarquen necesitarán el apoyo de otras tantas divisiones navales y columnas de barcos de transporte. La misma escasez de caminos y de recursos de la Turquía asiática es más ventajosa para el defensor que para el atacante, de modo que, aun contando con la desorganización turca y la heterogeneidad de su ejército, la campaña que están iniciando los aliados está preñada de peligros y dificultades. Para los países de costas muy dilatadas, como

han sido rotas las líneas de los aliados, toda vez que la posición defensiva natural está marcada por el canal, bien que los anglo-franco-belgas se mantuvieran, hasta el 21 de abril, al E. de Langemarck, junto a Poelcappelle.

Como consecuencia de las encarnizadas luchas libradas en este sector, los alemanes han sostenido y aumentado sus avances: Saint Jullien, al NE. de Iprés, ha sido conquistado, de modo que la zona ganada mide algo más de 5 kilómetros de profundidad (perpendicularmente al frente de batalla) por doce de anchura. Desde primeros de octubre, es ésta la mayor variación que ha habido en las posiciones de los dos bandos en el teatro occidental, siguiendo en importancia Soissons y Neuve Chapelle.

Estratégicamente considerado este resultado, el avance alemán al N. de Iprés es el que puede tener consecuencias más graves para el vencido, porque

queda Iprés envuelto por el N. y expuesto a los ataques y al fuego desde el N., el E. y el SE. Iprés es la verdadera llave del canal (corriente de agua que es acaso el principal obstáculo que han de salvar los alemanes en su marcha hacia la costa, cuando se propongan este objetivo) y excelente nudo de comunicaciones.

En estas batallas los alemanes han hecho más de 5000 prisioneros y capturado 63 cañones. Sin embargo, los partes oficiales de los dos ejércitos dan a comprender que no se trata de una ofensiva a fondo, empeñada con un fin decisivo sobre la situación militar, sino de una de tantas acciones locales, que, por circunstancias diversas—la presencia de la división canadiense y las inevitables soluciones de continuidad entre las posiciones belgas, francesas e inglesas, ante todo—ha tenido un éxito más completo y afortunado que otras tentativas anteriores. No es de creer que los aliados se resignen a dejar Ipres en situación crítica, por lo que debe esperarse que continúen los combates hasta reocupar todo o parte del terreno perdido, o hasta que se cree un nuevo estado de equilibrio por el sólido atrincheramiento de los dos ejércitos en el terreno que respectivamente mantienen en su poder.

Entre el Mosa y el Mosela tampoco se ha interrumpido la actividad de las operaciones; los alemanes han obtenido pequeñas ventajas, al SE. de Saint Mihiel y al E. de Verdun, sosteniéndose los franceses en el espolón de Eparges. Los últimos han perdido cuatro mil prisioneros en estos combates.

Nada saliente ha ocurrido en el resto del frente, ni en la alta Alsacia.

En el Adriático, el crucero acorazado francés *León Gambetta* ha sido echado a pique por el submarino austriaco número 6, pereciendo las cuatro quintas partes de la tripulación, con toda la plana mayor, entre ella el almirante Senes. El barco fué construído en 1906, tenía 12.550 toneladas y su armamento consistía en 4 cañones de 19,4 centímetros, 16 de 16,4, 20 de 4,7 y cuatro tubos de lanzar.

Las operaciones en el Cáucaso no han adelantado con ventaja para nadie. Los rusos insisten en sus triunfos en la dirección de Olty (Rusia), pero lo mismo están diciendo hace tres meses, sin que hayan conseguido arrojar a los turcos más allá de la frontera; parece que los otomanos se encuentran asimismo en territorio enemigo junto al litoral del mar Negro. Varias poblaciones de la costa han sido bombardeadas por algunos barcos rusos. Persia, que, se-

gún se ha sabido después, había sido evacuada por los beligerantes, da nuevas señales de intranquilidad, precursoras de que no tardará en ser teatro de operaciones militares.

En el teatro europeo oriental, los rusos vuelven a estar a la defensiva en todo el frente. En los Cárpatos, la lucha más viva tiene lugar al E. del desfiladero de Uszok; en el sector de Strij continúan los combates. Se ha confirmado que se efectúan movimientos de tropas en el valle del Dunajec. Síntomas son todos éstos de que la próxima campaña en los Cárpatos ha de tener consecuencias tangibles en el desarrollo general de la guerra.

En la región del N., un ataque de los alemanes les ha permitido ganar terreno en un frente de 20 kilómetros al E. de Suvalki. Al N. de Przasznisz han avanzado igualmente los alemanes, y en el bajo Niemen sus tropas muestran actividad. Empeñada la masa principal rusa en la Galizia y los Cárpatos, se comprende la inquietud que han despertado en Rusia los movimientos de los alemanes hacia el Niemen y el Narev. Continúa el ataque de Ossowiec.

La noticia más saliente es que las tropas alemanas han llegado a la vía férrea de Dünaburg a Libau, después de dejar a su espalda Rosiyeny (véase el mapa número 31), de donde resulta que sin noticia previa se sabe de pronto que los alemanes se han internado más de 100 kilómetros en territorio enemigo. Al mismo tiempo, está fuera de duda que la caballería austro-alemana ha entrado en la Besarabia y que se reúnen tropas en la Bukovina. De esta suerte, mientras reina tranquilidad en el N. de los Cárpatos y se desenvuelven poco a poco las operaciones de los austro-alemanes desde el paso de Uszok a Strij, o sea en la región donde se encuentra la masa principal del ejército ruso, recrudece la lucha en Przasznisz, en el frente al E. de la línea Suvalki-Kalvariya y en el N. de Lithuania, y hay indicios de próximos encuentros en el valle del Dunajec y en la frontera de Besarabia. Está aproximándose en el teatro oriental la campaña que muy bien pudiera conducir al término de la guerra.

Dunquerque ha sido bombardeado, anuncian los despachos de hoy. La escuadra alemana se encuentra hace días en alta mar, como explicaré en la *Crónica* siguiente.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1.º de mayo 1915.